

JULIETA ORTIZ GAITÁN*

De rosas y piquetas: la casa de la esquina

98 |

Poco a poco fue cambiando todo. Primero fueron cambios pequeños, insignificantes; después fue un vendaval. Tiraron las primeras casas ante el estupor de los vecinos; ante sus ojos incrédulos la piqueta se ensañó con las canteras, las balaustradas, los mármoles de los pisos. Las herreras de rejas y puertas se amontonaban confundiendo sus lanzas hirientes. El ruido sordo y monótono de las piquetas y mazos golpeaba en lo más hondo del corazón. Hubo quien vio desplomarse grandes tragaluces de cristales iridiscentes que al caer arrancaron un arco iris fugaz a la luz de la tarde, para perderse en un estruendo de vidrios rotos y nubes de polvo gris.

Los jardines fueron los primeros en ser violados por multitud de pasos torpes sobre las rosas sorprendidas, aún con el rocío de la mañana temblando en sus hojas. Albañiles, obreros, operarios pasaron sobre ellas una y mil veces y después regresaron llevando consigo carretillas y herramientas para descargar los camiones con toneladas de arena y cal, de grava, de cemento.

Mi madre me contó que la primera casa que tiraron, allá por los años cincuenta, fue aquella casa de la esquina, en Paseo de la Reforma y Estocolmo, la calle donde yo vivía. Recuerdo la casa vagamente y a quienes vivían en ella. Todos se murieron o fueron desapareciendo y la casa quedó desamparada, totalmente desprotegida. Sobrevivían dos hermanas ya ancianas y unos cuantos sirvientes, todos empeñados en una lucha cotidiana contra el desastre y la destrucción. El jardín era hermosísimo, la reja verde, los rosales causaban la admiración de los transeúntes y de mi madre, cuando pasaba conmigo de la mano frente a la casa de la esquina. Yo casi no la recuerdo, pero sí recuerdo su conjunto, su presencia casi fantasmal.

* Instituto de Investigaciones Estéticas, UNAM.

Todos comentaban la demolición, todos lamentaban el hecho pero nadie pensaba que se podía hacer algo. Era algo intangible flotando sobre las conciencias como una vaga promesa del porvenir no bien entendida: el progreso, la modernidad, los adelantos, el mundo moderno, el cambio, algo lejano y ajeno que debía de llegar hasta nosotros como una especie de fatalidad, para bien o para mal, pero que debía ser. Aquellos sordos golpeteos de los martillos y las picotas, empuñados en echar abajo muros y ladrillos, serían el acompañamiento pausado y monótono de nuestros días, implacable empeño por destruir perfiles que parecían inalterables.

Empezaba un vendaval de cambios que entonces se presentó como suave brisa que, no obstante, soplaba con algo de premonición, de escalofrío inquietante como de alguien que camina por el cementerio desierto. ¿Realmente fue así? ¿Existieron el tiempo y el espacio con esa imperturbabilidad? ¿Eran aquellos días dorados un espacio y tiempo congelados, eternos, fuera del devenir? ¿Importa algo que sea una imagen construida por mis recuerdos, o que realmente haya sido un espacio sin cambios? En todo caso se trataba de una estabilidad urbana, de un cierto auge entre nosotros que, sin saberlo, estaba por llegar a su fin. Un final que, como sabemos, es un constante recomenzar en espacios que se pierden y se transforman como se van los cantos y los sollozos en un inesperado remolino, como en aquella casa de la esquina y en todas las casas ordenadas de los inicios de mi mundo que habrían de desaparecer una por una, puntualmente.

Al morir una de las hermanas la otra tuvo que mudarse con unos parientes, aunque todavía permaneció heroicamente en la casa un par de años. Cuando ella se fue, los viejos sirvientes fueron liquidados y todos abandonaron la casa, con pasos lentos y espaldas encorvadas. Algún

tiempo estuvo sola. Fue perdiendo poco a poco la calidez de las casas habitadas. Un velador permanecía en ella y cuidaba estoicamente los rosales. Yo oía a mi madre decir: —¿Qué irá a pasar con la casa de la esquina?— Y el tono de su voz era más que preocupado, resignado.

Para entonces había perdido casi por completo la mayor parte de su identidad. Vanos cegados, espacios muertos, rejas mutiladas, puertas tapiadas, corredores que no van a ningún lado, salones cerrados con tapices mustios...

Llegaron al amanecer, como en estrategia militar sorprendieron a todos. Cuando, poco después, llegó el sol sus rayos despojaron de penumbras la crudeza de la acción. Llegaron al amanecer, furtivamente, para sorprender a las rosas y tomar por asalto los pulidos pisos de mármol y maderas finas. Su airosa escalinata, sus altas puertas, sus techos elevados aún conservaban el eco de voces, de risas, de pasos apresurados por los corredores. Como se levantaba en esquina, había tenido todas las ventajas de una buena ventilación, luz en abundancia a través de sus altas ventanas, un jardín señorial en la parte de enfrente que haciéndose angosto la rodeaba, y patios, cocheras y traspatios en la parte trasera. Los prados del Paseo de la Reforma, con sus frondosos fresnos, un alto pino y una enorme y solitaria palmera que daba un toque exótico, parecían prolongación de sus propios jardines.

La casa fue construida ex profeso para regalo de bodas de Carlotita Mier y Terán. Dicen que eso fue mucho tiempo atrás, antes de la Revolución. Los terrenos eran propiedad de don Julián Braniff, acaudalado empresario que vio en el arbolado bulevar un futuro urbano lleno de promesas y prosperidad. En efecto, en pocos años las más bellas mansiones habrían de construirse a lo largo de la avenida, constituyendo la *avant garde* arquitectónica de una ciudad que, se decía,



Figura 1. Fachada de la casa, ya demolida, en Paseo de la Reforma. Archivo Fotográfico Manuel Toussaint, IIE-UNAM.

ingresaba en los terrenos de la modernidad. Construcciones que recogieron para sí la variedad de estilos propios del fin de siglo y se levantaron con magnificencias neoclásicas o con nostalgias virreinales, o bien, con los resabios románticos de diversos “exotismos”, pero eso sí, todas con el sello inconfundible del aire de los tiempos: un eclecticismo totalmente afrancesado, tal como debía ser.

Es cierto que muchas de estas mansiones fueron edificadas como casas de campo, fincas que se empeñaban en mostrar la prosperidad de sus dueños, la amplitud de su visión y su familiaridad con ciudades europeas, esas sí civilizadas y modernas. Es cierto que la ciudad de México todavía no abandonaba del todo el viejo casco virreinal, lugar donde la construcción del mito contó con todos los elementos requeridos para hacer de ese centro el ombligo del mundo. Es

cierto que las viviendas de las mayorías carecían de servicios, de electricidad, de instalaciones sanitarias, de pavimento en las calles llenas de acequias e inmundicias; sin embargo, la elite porfiriana, como todo grupo privilegiado, contó con la visión del progreso y del buen tino inversionista al mirar hacia esos terrenos de haciendas y ranchos circundantes, que pronto convirtieron sus potreros y establos en evocaciones del urbanismo europeo.

El padre de Carlotita, amigo y compadre de Braniff, le encargó la construcción a un arquitecto francés de nombre Jacques Benoit, quien, como era común en la época, tenía múltiples encargos en la ciudad de México. La casa estaba emplazada en el centro del terreno, rodeada por jardines, patios, cocheras y servicios, áreas que establecían así una circulación fluida en su exterior. Se levantaba sobre el nivel del piso para evitar humedades

y conseguir una mayor vista y prestancia a la fachada principal, que recibía a los visitantes con una escalinata de elegante balaustrada. Aunque algunas de las esculturas de la mansión presumían su factura en mármol de Carrara, la mayoría de los pisos y balaustradas se había hecho con las diferentes versiones de las canteras de nuestro país, lo cual correspondía a la intención de darle un toque local que, si no se enfatizaba demasiado, cumplía su función de manera airosa en tan magnífico conjunto arquitectónico.

El pórtico era sombreado umbral entre lo público y lo privado, intimidad velada por un portón de madera labrada y pesado aldabón, aunque el cristal esmerilado de la parte superior contradecía su pesadez. El desnivel propiciaba un sótano muy *ad hoc* para cavas y almacenes, estancias oscurecidas y frescas, sólo alumbradas por pequeñas ventanas que quedaban al ras del nivel exterior. Cuentan que en tiempos de don *Chucho* Escamilla grupos de alegres amigos se reunían en el billar y salón de juegos, que por entonces se encontraban instalados en los sótanos.

La casa era, por supuesto, afrancesada, pero sin prescindir de una serie de elementos y ornamentaciones que le conferían un aire ecléctico, *comme il faut*. Tal era el caso de un torreón amoriscado que se elevaba justo en la esquina y que hacía las veces de mirador y sala de costura. Más arriba había un palomar con techo de dos aguas, donde se arremolinaban las palomas en murmullos sin cesar. Yo una vez subí ahí, de la mano de Cuquita Villarreal, y me causó extrañeza ver al pino y a la palma a la altura de mis ojos y luego ver mi propia casa, por el lado de Estocolmo, tan pequeña.

La construcción de la casa se prolongó más de lo planeado debido a los numerosos materiales y ornamentos que se encargaron a Europa. No sólo eso, sino que también algunos artesanos



Figura 2. Calle de Florencia, núm. 41, col. Juárez. Archivo Fotográfico Manuel Toussaint, IIE-UNAM.

fueron traídos para la realización de tareas especializadas. Aunque hay que decir que estos casos fueron los menos, ya que los padres de Carlota estaban al tanto de las casas especializadas que existían en la ciudad para tales menesteres. Tal fue el caso de los trabajos de emplomado y biselado que la Casa Pellandini realizó para las innumerables vidrieras que engalanaron puertas y ventanas —como los del portón de la entrada principal—, además del hermoso tragaluz del vestíbulo que bañaba de luz iridiscente las reuniones vespertinas. La luz cenital era común en los vestíbulos de estas casas. Los rutilantes tragaluces se colocaban generalmente en el centro de un plafón que ostentaba una doble o triple

altura, precisamente para darle mayor magnificencia al espacio.

Por los tiempos en que se construía la casa, un hecho trágico conmocionó a los padres de Carlotita y a la “alta sociedad” de la época: el terrible accidente que había sufrido una estimadísima dama de sociedad, hermana del arquitecto Rivas y Lascuráin, quien tuvo la ocurrencia de subir a revisar la construcción de su propia casa cuando se encontraba en obra negra y, estando en la estructura superior resbaló cayendo sobre el tragaluz y precipitándose de una altura de tres pisos para perder la vida trágicamente. Fue una consternación para el *tout Mexique*. Discretamente y con pesar, se comentaba la poco prudente audacia de doña Margarita Rivas al subir por andamios y escaleras improvisadas con corsé de ballena, caudalosas enaguas, polizontes de varillas y faldas y sobrefaldas de pesadas tafetas y terciopelos, y tal vez, ¿por qué no?, con graciosa sombrilla para protegerse del sol inclemente que tanto oscurece la piel.

El menaje y parte del mobiliario fue llegando en grandes paquetes embalados con los sellos de las aduanas del Havre y de Veracruz, pero también lo adquirieron las mujeres de la familia en los recién establecidos grandes almacenes del centro de la ciudad, donde pasaban tardes alegres y entretenidas ante la multitud de “últimas novedades” importadas de París. ¡Qué mejor lugar para escoger y conformar un bello ajuar de novia para Carlotita que en La Gran Sedería, Las Fábricas de Francia, El Palacio de Hierro, El Centro Mercantil o El Puerto de Veracruz!

Los muebles eran majestuosos, de estilo Luis XVI, predominantemente; ajuares de bejuco para los corredores, sillas Thonet y grandes espejos de molduras doradas inclinados desde lo alto de los muros. Macetas con palmas, alfombras persas y diversos taburetes y almohadones le daban



Figura 3. Anuncio de El Palacio de Hierro. *El Mundo Ilustrado*, 5 de febrero de 1905.

a los salones principales un aire de refinado exotismo, de tierras lejanas y desconocidas; todo en ellos estaba dispuesto para dar un sello de abuelengo con bienes heredados de tiempo atrás y no adquiridos, como hacían los nuevos ricos. Estos salones constituían lo más espectacular de la casa; sin embargo, la amplia cocina, el antecomedor y la sala de costura se adivinaban como los sitios privilegiados, íntimos y cálidos, donde más tiempo pasarían en reuniones y labores los miembros de la familia.

Mientras la casa se alborotaba con trabajadores, empleados y revuelo de brocados y tapices, afuera, casi enfrente y del otro lado de los verdes prados se terminaba también, entre andamios, gritos y movimiento, la Columna de la Independencia.

dencia, monumento proyectado por el arquitecto Antonio Rivas Mercado para conmemorar nuestro desprendimiento político de España. Es cierto que no era el primer monumento que se construía en la época de don Porfirio en el Paseo de la Reforma; por el contrario, formaba parte de un nutrido contingente de esculturas de héroes y personajes históricos realizadas por artistas de la Academia de San Carlos, y que presidían, en tramos regulares a ambos lados del bulevar, el ajeteo y circulación de carruajes y transeúntes. Pero el “Ángel”, como se le conocería después, tuvo desde un principio la presencia señorial de todo monumento urbano que se convierte en referencia e identidad. Para mis ojos de niña era casi una aparición que flotaba sobre las copas de los árboles, y en más de una ocasión puedo jurar que vi sus alas vibrar, como a punto de volar, con los reflejos dorados del sol.

El Ángel era uno de tantos monumentos y edificios públicos que debían inaugurarse en las Fiestas del Centenario de la Independencia, a celebrarse aquel septiembre de 1910. Por entonces el Paseo de la Reforma se engalanaba con residencias señoriales, árboles de frondas majestuosas, amplios andadores con prados y flores por donde solían cabalgar señores y jóvenes en atuendos charros, alternando con uno que otro automóvil, todavía muy escasos, y ante el alboroto de los caballos por el ruido de los claxones.

Sin embargo, la casa nunca fue habitada por Carlota y su flamante esposo, quienes contrajeron matrimonio el 10 de septiembre de 1910, en plenas Fiestas del Centenario y aprovechando la avalancha de distinguidos visitantes que vinieron a la ciudad de México. Después de ser apadrinados por el excelentísimo ministro de Hacienda, señor don José Ives Limantour, en representación del señor general don Porfirio Díaz, Presidente de México y Salvador de la Patria, los



Figura 4. El Ángel de la Guarda. Portada de *El Mundo Ilustrado*, 14 de julio de 1901.

recién casados partieron en viaje de bodas rumbo a Europa y el lejano Oriente. Al ser despedidos ruidosamente por familiares y amigos en la estación de Buenavista, no podían imaginar siquiera que aquel viaje significaría una ausencia por el resto de sus vidas. Dicen que *Fer Corcuera*, el esposo, sí regresó esporádicamente a tratar asuntos relacionados con sus posesiones y negocios, pero que poco a poco fue espaciando más los viajes hasta que dejó todo en manos de sus familiares y empleados.

La casa quedó esperando: albas las sábanas nupciales y la mantelería de encaje, las vajillas de Bavaria en los aparadores y los libros en los bellos estantes de caoba labrada de la biblioteca, custodiado todo por la servidumbre de rigor. Copias de algunas esculturas clásicas, reproducciones de pintura francesa, cromos de flores y uno

que otro cuadro original de Petronilo Monroy y Darío Regollos constituían el acervo artístico distribuido en muros y rincones. En la sala, retratos de los antepasados, pinturas al óleo y fotografías. En el comedor, la *Última cena*, naturalezas muertas y bodegones. En las habitaciones, imágenes del Niño Jesús ante los Doctores, la Sagrada Familia y el Ángel de la Guarda anunciaban su espera a los niños por venir; por los demás aposentos se distribuían cromos que exaltaban la virtud y el trabajo, al lado de paisajes, algunos de valles con montañas nevadas. Los tibores, la porcelana, esmaltes, marfiles y demás *chinoiseriés* permanecían en sus sitios en las estancias, y las vajillas de plata se oscurecían al faltarles el roce de las manos y del uso continuo.

Tan sólo las rosas mantenían su lozanía y su belleza. Sus dueños nunca traspasaron los umbrales, ni pisaron tan magníficos alabastros, ni aspiraron el perfume de los rosales reventados en las últimas noches de verano. Nunca volverían a México porque, en plena luna de miel, estallaba una revolución convocada con fecha y hora, aquel noviembre de 1910.

Los padres de Carlotita, al igual que sus hermanos y otras tantas familias como ellos, dejaron el país. Viajaron por el mundo, por las lejanas tierras de Egipto, Grecia y Turquía, por islas exóticas y paisajes de nevadas cumbres. Convirtieron a Francia y España en sus nuevos hogares y también, por supuesto, se exiliaron en las más cercanas urbes de Estados Unidos: Nueva York, Filadelfia, Denver, San Antonio. De vez en cuando, se permitían un suspiro y un pensamiento, más de curiosidad que de nostalgia, mientras tomaban el té en las interminables tardes de ocio.

Mientras tanto, los sirvientes permanecían en la casa recibiendo puntualmente sus salarios con remitentes firmados en París o en Biarritz. La casa fue, sin embargo, su mejor pago, un re-



Figura 5. *El Mundo Ilustrado*, 28 de julio de 1901.

galo no previsto y como caído del cielo. Aún así, algunos abandonaron la seguridad de sus muros para unirse a los diversos contingentes levantados en armas: Cenobio, uno de los jardineros, se fue a Cuautla con un tal Emiliano Zapata, y don Remigio, aunque ya de cierta edad, regresó a su terruño norteño para incorporarse a las fuerzas de Benjamín Argumedo.

El tiempo pasaba y los dueños no daban señales de regresar al país. Los grandes salones deshabitados languidecían de tedio sobre alfombras y brocados mustios que nadie pisaba ni admiraba. Los sirvientes habían acondicionado para ellos unas cuantas habitaciones, mismas en las que se concentraba la vida, y en el jardín, claro, donde florecían puntualmente los rosales por abril y por mayo.

La ciudad permanecía en una callada y sospechosa calma. Las noticias de revueltas y atrocidades llegaban cada día muy temprano con *El Imparcial*, atrocidades que se habían vuelto comunes desde la tarde en que don Porfirio partiera para siempre desde las playas de Veracruz. Pero se trataba de noticias de batallas, levantamientos, asesinatos y pillaje sucedidos en otros sitios lejanos, en los cuatro puntos cardinales de la geografía nacional que se veían con estupor e incredulidad. El nuevo gobierno ciertamente difería de los rituales establecidos por el antiguo régimen. El cambio apenas se avizoraba. El nuevo presidente y su esposa parecían más una pareja de maestros sencillos y austeros frente a la imagen monárquica, solemne y avasalladora de don Porfirio y doña Carmelita.

Pero llegó el mes de febrero de 1913, cuando el horror y la violencia campearon por la ciudad de México. El golpe artero y la traición de un grupo de militares fueron detonantes de una lucha cruenta en las calles y en las plazas, aterrando con estruendo de cañones y metralletas a los indefensos habitantes, sobre todo por los rumbos del Zócalo y la Ciudadela. Las familias se refugiaron en las casas de familiares que estuvieran más alejadas de las zonas críticas; los niños tenían prohibido salir a las calles, los colchones en el suelo hacían de camas improvisadas y los continuos cortes de energía eléctrica obligaban a largas conversaciones entre penumbras y sobresaltos. Vecinos y transeúntes eran constantemente interpelados para enterarse de noticias frescas, ante la incertidumbre de la situación.

Fueron trece días de horror. El presidente, aquel hombre bajito y sencillo que había soñado con un México muy distinto, sufrió su martirologio: habían asesinado al presidente Francisco I. Madero y al vicepresidente José María Pino Suárez. Después del asombro y la incredulidad,

la violencia trajo, entre otras cosas, la escasez, la especulación, el lucro con la necesidad de la gente. Los delincuentes se organizaban en bandas que asaltaban a su antojo. Los hombres se volvieron contra sus hermanos y llegó también el hambre; la ciudad sitiada comenzó a vivir los peores años.

Doña Mema, el ama de llaves, salía temprano a hacer la compra, si lo que hacía se le podía llamar así. Habían sembrado una pequeña hortaliza en los jardines traseros y podían cosechar tomates, chiles y calabacitas. El nixtamal no faltaba, aunque había que madrugar y hacer largas “colas”, tarea que tenía encomendada Leonila, la de las largas trenzas, por órdenes de doña Mema. Aprovechaba lo largo de la espera para entablar pláticas con otras muchachas y uno que otro galán, para quienes los tiempos que se vivían no eran ni peores ni tan terribles como podría pensarse. Es más, la forzada libertad a falta de patrones vigilantes les daba a las muchachas oportunidad para aumentar sus idas y venidas por las calles y mercados, entre paseos y ociosidades que de otro modo hubieran sido impensables. Además no se sabía si aquel enamorado que tan ardientemente solicitaba favores y declaraba amores se volvería a ver al día siguiente, porque los hombres jóvenes estaban expuestos a la leva o al asesinato en plena calle, o también, ¿porqué no?, al reclutamiento voluntario para encontrar otro destino en aquellas tolveneras que levantaba la caballada y que ofrecía la excitación de lo desconocido, del olor a pólvora, del enriquecimiento fulminante, de la dimensión abierta en el nuevo sentido que cobraban las cosas con la incertidumbre y la muerte cabalgando entre la tropa.

Poco después la casa de la esquina recibió a sus primeros moradores. No se podía sospechar siquiera un estreno más tumultuoso, ni más ale-

jado de sus refinados destinos, que el que le dieron las tropas del general Primitivo Montemayor, del Ejército Constitucionalista, en una de las tantas entradas triunfales de don Jesús Carranza, hermano del mismísimo Primer Jefe de la Revolución. Como la casa estaba sola, resultó adecuada para servir de alojamiento a la tropa, albergando a poco más de 200 soldados de la más absoluta y total heterogeneidad. Mas para hacer justicia a los muchachos del general Montemayor, hay que decir que no hubo mayor desorden en la casa puesto que ocuparon los patios y los jardines, y el salón principal fue acondicionado para despacho del general.

Los muebles no sufrieron daños mayores, porque en realidad poco le interesaba a la soldadesca lo que contenía el interior de la casa y fue poco el tiempo que permanecieron en ella. Desaparecieron algunas cosillas, como las estatuas de bronce y los cubiertos de plata, pero todo lo demás carecía de atractivo para aquellos hombres curtidos que preferían hacer sus alimentos alrededor de una hoguera, en las cocheras abiertas a la luz de la luna o a los rayos del sol.

Algunos sirvientes abandonaron la casa, sobre todo las muchachas jóvenes, quienes fueron puestas a salvo de apetitos y licencias propios de la época. Doña Manuela, el ama de llaves, hizo entrega de la casa al general Montemayor y partió con sus muchachas aún a tiempo y con la esperanza de que su ausencia sería temporal. Tuvo la pena, sin embargo, de que José de Jesús, su hijo más joven, aprovechó la oportunidad inesperada que se le ofrecía y se unió sin vacilar a la tropa revolucionaria. Para sus 16 años aquello era como si los hados del destino hubiesen llegado, montados en alazanes y tordillos, a tocar hasta su puerta. El viejo jardinero permaneció en su pequeño cuartito del fondo del jardín. Nadie lo molestó y casi se puede decir que pron-

to se acostumbró a oír cantar a la tropa en las noches, y al ajetreo diario de los ejercicios militares.

De todos modos, como quiera que sea, la casa resintió la ocupación. Lo bueno fue que no duró mucho y pronto, muy pronto, el general Montemayor tuvo que salir precipitadamente de la ciudad rumbo a Aguascalientes, dejando los patios desolados, con un fuerte olor a leña quemada y a estiércol de caballo.

Después de tanto ajetreo, de tanto alboroto, de oír voces todo el día y parte de la noche, de sonoras risas de mujeres y uno que otro disparo, la casa se sumergió en el más absoluto silencio, en la más profunda oscuridad. Tan sólo una lucecita salía de la ventana de don Liborio, una luz débil, muy débil, que parpadeaba en la noche trabajosamente, como el jadear de un moribundo.

Al poco tiempo llegó don Jesús Escamilla y González de Cosío, primo hermano de la ahora viuda de Mier y Terán, doña Sara Luisa, quien habiendo perdido a su marido decidió regresar tan sólo para hacerse cargo y tomar posesión de los bienes. Don *Chucho* tenía el encargo de habitar la casa mientras se decidía su destino como parte de la cuantiosa herencia recibida. Lo más sensato, sin lugar a dudas, era venderla, ya que no había esperanzas —ni deseos— de regresar a una ciudad donde entraban y salían tropas de desarrapados a caballo apoyando al caudillo en turno, en vísperas de caer asesinado por el siguiente. Muchos nunca volvieron a ver los arbolados bulevares del Paseo de la Reforma ni a oír el susurro de los fresnos meciéndose con el viento frente a la casa de la esquina.

Vender era lo mejor, ¿pero a quién? Era demasiado grande, demasiado señorial para aquellos tiempos desastrosos. Don *Chucho* se acomodó en un espacio más reducido todavía que el habitado en tiempos de doña Manuela. Lo acom-

pañaban una vieja sirvienta, su nieto que la hacía de mozo, Celia y Jacinta, las doncellas, y Gelasio, emparentado con Cenobio aquel viejo jardinero que cambió el cuidado de los rosales por las cananas y el máuser.

Solterón empedernido, hombre de mundo con encanto otoñal, don *Chucho* se avino bien a su nueva morada. Poco quedaba de lujos pasados; sin embargo, su espacio era digno, los pisos relucían como espejos, los muros conservaban los viejos brocados y el mobiliario, aunque muy mermado, era capaz de conferir clase y distinción a las escasas habitaciones habitables.

Dicen que su presencia pasaba desapercibida en un primer momento, como si fuera una brisa suave que invadiera de pronto la estancia, y su voz y sus pasos sólo tuvieran resonancia tenue, de gran discreción y elegancia. Don *Chucho* Escamilla complacía a sus amigos y familiares como el personaje indispensable en todos lugares y reuniones. Su trato fino, sus modales de aristócrata, su inveterado amor por la belleza y el arte lo hacían un *connaissanceur* apropiado para acompañar a las señoras a conciertos y *soirées*, para ir de compras y también un deseado contertulio en veladas y reuniones. Incansable conversador, las sobremesas eran una delicia con su participación y los niños brincaban de gusto cuando se enteraban que el tío *Chucho* asistiría a la cena de Navidad con la familia, ya que, además de recibir regalos maravillosos, podrían escuchar embesados los mil cuentos fantásticos contados a la luz de los quinqués y de las novedosas bombillas eléctricas.

Dicen que allá en su tierra tuvo una novia tan bella que quedó como hechizado para el resto de sus días. Su joven corazón de adolescente sólo había conocido belleza, pañales de seda, el amor de su madre y hermanas, la figura protectora del padre, haciendas de tierras interminables y una

casa de floridos patios y largos corredores perfumados de azahares multiplicados en el espejo de los pisos de baldosas relucientes. La novia fue parte de este mundo armónico y bello, como las grandes extensiones semidesérticas teñidas del rojo agonizante de los atardeceres que podían verse cuando caía la tarde sobre los lustrosos corredores.

El niño Jesús, como le decían su nana y las sirvientas, siempre gozó de cariño en abundancia y, haciendo honor a su nombre, retribuía a todos con un modo de ser cariñoso, alegre y bondadoso. Nunca un nubarrón obscureció el cielo de su infancia. Como único heredero varón de la riqueza familiar, crecía como un junco de luz ante la felicidad y confianza de los suyos. Pasaron los años entre la casona de Durango y Ciénega de Entre Ríos, la hacienda principal de la familia. Viajó desde niño por Estados Unidos y Europa, de ahí sus tempranos recuerdos de grandes ciudades, paisajes nevados, castillos y palacios, pero sobre todo de objetos bellísimos y de obras de arte. Compartía con su madre y sus hermanas el gusto por todo ello, y al regresar a casa estallaban de júbilo al abrir enormes baúles con tesoros adquiridos en tierras lejanas y que, ante la aridez perentoria del paisaje, cobraban nuevo significado.

Don *Chucho* fue feliz en aquel mundo en el que no se movía una hoja de los árboles, en el que sus padres eran estatuas y sus hermanas eternas niñas florecidas, todo en un momento detenido, como la línea interminable del horizonte sin montañas, sin alteraciones, de continuidad infinita.

El niño pronto dio muestras de un gusto excepcional por la belleza, y a su adhesión frecuente a la magnificencia de los paisajes siguió por consecuencia su habilidad en el dibujo y la pintura. Pasaba las tardes en las terrazas asolea-

das con los cuadernos, lápices y crayones que sus padres le compraban en las tiendas de Durango. Después, ya siendo un jovencito, solicitaba por catálogo acuarelas Windsor&Newton, óleos, pinceles de pelo de marta y finos papeles y lienzos, ya fuera a las tiendas de París, Londres o a la afamada Casa Pellandini de la ciudad de México. Jesús pintaba más para sí mismo que para captar el exterior, diríase que se dejaba llevar por la belleza de una atmósfera determinada, de un momento irrepetible, de un murmullo lejano, tal vez el eco de una canción cantada por los peones de la hacienda o por el monótono rezar de las mujeres al atardecer.

La casa grande ejercía una gran fascinación en el niño. El contraste de los recovecos interiores con la inmensidad del paisaje, del sol reluciente y abrumador con la fresca de los corredores, el pequeño jardín cultivado donde los rosales habrían de hablar de otros, mucho tiempo después, en otro tiempo, en otro lugar, en otra casa del Paseo de la Reforma.

Su temprana educación y la de sus hermanas corría a cargo de institutrices y preceptores que asistían a la casa regularmente, si bien tal tarea se dificultaba cuando estaban en la hacienda por la lejanía y lo accidentado del camino. Los años de la primaria los cursaron en Durango, pero pronto llegó el momento de pensar en un liceo adecuado para el primogénito que tantas dotes mostraba en cuanto a las artes y letras. Inmediatamente se pensó en París, la metrópoli por excelencia, además de que allá vivían los tíos Alfonso y Mercedes, hermana muy querida del padre de Jesús.

Sin embargo, los planes del viaje entristecieron a toda la familia. La nana Altagracia lloraba quedito por todos lados, murmurando plegarias y lamentaciones; la madre y las hermanas ocultaban su pena en un silencio opresor que des-

viaba miradas y ocultaba lágrimas. Cuando se le pidió a Altagracia también un poco de contención a sus lamentos, replicó con vehemencia:

¡Ay, señora! Quiera Dios que el niño Jesús no vaya a cambiar con las costumbres tan raras de esos lugares. Ya ve usted a Joaquinito, el de La Herradura, dizque se fue a estudiar mucho y regresó hablando que nadie le entendía y un bueno pa'nada. ¡Tuvo que venir el administrador ese don Julián a hacerse cargo de la hacienda y de los ranchos!

Y así continuaba en su ir y venir pidiendo a la Virgen de Guadalupe que no se llevaran al niño Jesús, porque los que se iban a la ciudad... ya no regresaban. Pero el niño Jesús sí se fue, y aunque la propuesta paterna era París, se convino en trasladarse a la ciudad de México porque las cosas no iban tan bien que digamos, y había cierta incertidumbre en los círculos de los hacendados. Fue así como la familia adquirió una hermosa casa en el centro, cercana a la catedral, y *Chucho* se inscribió en la Academia de San Carlos para seguir los estudios de arquitectura. Además, corrían los rumores cada vez más insistentes de que el Benefactor de la Patria, el presidente Porfirio Díaz, ya no aguantaría otro periodo más en su largo y duradero reinado, algo por lo demás tan difícil de imaginar como concebir un sustituto en el poder tan adecuado como el prócer.

Sí, habría que reconocerlo, la casa de la calle del Seminario se adquirió justo a tiempo, cuando en las regiones norteñas ya se sabía de gaviillas de bandoleros que asaltaban y causaban tragedias en las haciendas y casas principales; tal fue el sonado caso de los López Negrete, que conmocionó a la sociedad entera cuando uno de los hijos fue asesinado por un peón fugitivo cuya hermana, decían las malas lenguas, había burlado el difunto. Eso no se veía antes. Los peones

eran agradecidos y sumisos ante el paternalismo de la hacienda, donde nacían, vivían y morían sin alteración alguna. Donde trabajaban a cambio de techo y comida para ellos y sus familias, siempre, sin cambios, sin desviaciones, sin conocer más lugares que los alrededores y la ciudad de Durango, no más allá.

Jesús habría de ver muchos cambios en su vida, derrumbarse a su alrededor todo un mundo y sufrir la pérdida de sus seres más queridos. Nunca imaginó que serían los grises cielos de París los que lo cobijarían, pero en vez de la estancia planeada de estudio y formación, ahora sería un exilio fugaz y no menos doloroso, antes de llegar a instalarse en la casa del Paseo de la Reforma, la casa de la esquina, cuando su prima doña Sara Luisa Escamilla viuda de Mier y Terán se lo pediría en nombre de su esposo recién fallecido. Por eso cuando llegó traía consigo toda la nostalgia de los tiempos idos, tiempos mejores, y su impecable presencia parecía oler a fragancias de lavanda inglesa con un dejo de bolitas de naftalina.

Ya en la nueva casa del bulevar, Jesús Escamilla habría de ver cómo desaparecían las calezas de las que asomaban entre encajes vaporosos los rostros de las damas, para dar paso a sombrerudos con huaraches que pedían limosna por el amor de Dios; supo que cerraba sus puertas el Jockey Club y tuvo que despedirse también de *El Imparcial*, diario que leyó religiosamente durante los años dorados de aquel mundo que llegaba a su fin. Para un espíritu sensible y refinado como el de don *Chucho*, era mejor recrear el mundo al interior de aquella casa, cerrar sus puertas y cerrar los ojos al vendaval que se arremolinaba alrededor, barriendo todo a su paso. Dicen que entonces la casa olía a rancio y a nostalgia infinita.

El patrimonio había mermado entre saqueos, pequeños hurtos y viajes al Monte de Piedad. Sin

embargo, don *Chucho*, amante siempre del arte, consideraba una suerte haberse desprendido de algunos lienzos tenebrosos de sospechosa calidad, o bien de reproducciones trasnochadas de pintura francesa, adquiriendo en cambio trabajos que le recomendaban algunos amigos del grupo de bohemios y artistas que frecuentaba. El austero comedor se llenó de luz con la exuberancia de unas amapolas de pétalos aterciopelados, pintadas por un maestro de la academia de nombre Germán Gedovius. Y don *Chucho* escogió, con su buen ojo y fino olfato, unos extraordinarios dibujos acuarelados entre los numerosos que le ofrecía un joven delgado y de ojos melancólicos llamado Saturnino Herrán.

Don *Chucho* salía los domingos a misa de diez, y cuando ya circulaban los primeros *Fotingos* por las calles aún desoladas se le veía pasar con su imprescindible bastón, puesto el bombín, siempre de negro vestido, como el último sobreviviente de una logia en extinción. Poseía un grupo de amigos que gustaban de reunirse a intercambiar ideas y discusiones, leer poesía, escuchar música. Después de estas animadas reuniones era común ver salir al grupo hacia los restaurantes del centro, el Gambrinus, el Sylvain o tal vez La Ópera, para degustar una buena cena.

Sin embargo, antes de que don *Chucho* muriese en la santidad de su retiro, la casa tuvo que ser fraccionada para venderla, y lo primero que perdió fueron las cocheras y los grandes patios traseros. Celia, una de las doncellas, pasó a ser el ama de llaves y cuidó a don *Chucho* en su plácido tránsito final que afrontó con una sonrisa, tal vez porque vislumbraba el reencuentro en el más allá con su mundo perdido.

Fue en ese entonces cuando llegó a la casa de la esquina Susana Villarreal, viuda con tres hijos y acompañada del temple admirable del magisterio de los años veinte. Llegaba requerida por



Figura 6. Calle de Carpio, núms. 191, 195 y 197, col. Santa María la Ribera. Fotografía: Cecilia Gutiérrez Arreola, 1989. Archivo Fotográfico Manuel Toussaint, IIE-UNAM.

José Vasconcelos, joven ministro de Educación Pública, quien se allegaba de los maestros que habían realizado una labor relevante en sus lugares de origen como era el caso de Susana, quien pese a su juventud y temprana viudez había destacado como maestra en la culta capital del estado de Coahuila.

Numerosos eran los gastos causados por la manutención de tres hijos pequeños, dos niños y una niña, por lo que el trabajo no terminaba con las tareas que la joven maestra tenía encomendadas en las aulas; también tenía que colaborar con las labores administrativas de la propia Secretaría, porque decían que el ministro Vasconcelos tenía un especial aprecio por el desempeño de Susana y sobre todo por su convicción inquebrantable en los beneficios sociales de la educación, convicción compartida por el propio ministro y tan acorde con el espíritu de la época.

La joven maestra tenía a su cargo una escue-

la primaria y siempre trabajó con pequeños que le devolvían, según ella decía, la alegría y energía agotada por las fatigas cotidianas. Para la maestra, el balbuceo de las primeras letras era como escuchar el canto de los pájaros al iniciarse el día, y el rítmico canturreo de las voces infantiles al repetir las tablas de multiplicar le causaban un efecto sedante, entrañable, como el arrullo de una nana adormilada.

Por su lado, Celia continuó con las labores de la casa y al poco tiempo llegó Consuelo, una joven sobrina que, en consonancia con su nombre, se ocupó con calidez del cuidado de los niños. Don Gelasio vigilaba celosamente el jardín, ya que los patios habían desaparecido para dar paso a una “privada” horizontal de casitas tan numerosas que resultaba imposible imaginar que pudieran construirse en las dimensiones del terreno. Después de los años aciagos de la Revolución, el sentido del ahorro y la economía se había acen-

tuado. No sólo México sino también parte de Europa y Estados Unidos salían de un conflicto bélico devastador. Tal vez por ello la gente se empeñaba en contemplar un panorama de optimismo. Había que convencerse que todo empezaba de nuevo. La frágil estabilidad lograda en los años veinte permitía planes y proyectos, y el sentido de la vida se volvía práctico y “moderno”.

El automóvil acortaba distancias, al igual que el cable, el telégrafo y el teléfono. Este maravilloso aparato se instalaba en las casas a través de las dos compañías que operaban en el país: la Mexicana y la Ericsson. Ahora había más vecinos, más movimiento, la gente se desplazaba con mayor rapidez, las mujeres caminaban de prisa con la soltura que les daban sus vestidos amplios y sus zapatos de tacón bajo; su actitud juvenil y decidida no sólo se debía a la gracia del pelo corto a la *garçón*, sino al lugar que habían adquirido al perder a sus hombres en la guerra y hacerse cargo de la manutención de sus familias.

En la casa de Susana Villarreal, como era costumbre, se podía ver una galería de retratos de los principales antepasados familiares en las paredes del salón principal. En éste siempre ocupó un lugar destacado el retrato de su difunto esposo, también maestro de primaria, fallecido en circunstancias trágicas. El retrato había sido tomado en el estudio fotográfico de Sosa Hermanos, el mismo estudio que poco después se encargara de tomar la fotografía del matrimonio formado por Edmundo Elizondo, oriundo de San Pedro de las Colonias, y Susana Villarreal, de la ciudad de Saltillo.

Susana era una de tantas mujeres enfrentada a una viudez prematura que la llevó a hacerse cargo de sus tres hijos pequeños sin más apoyo que su entrega total al trabajo de maestra, siempre buscando mejorar las condiciones económicas para seguridad de los suyos y pensando poco

en su propia satisfacción. El padre y marido ausente fue como una lápida en la familia, una presencia permanente hecha de recuerdos y dolores, alimentada por Susana con devoción absoluta, con ciega obstinación amorosa; para los niños, el padre significó una imagen omnipresente, sin cuerpo físico al cual abrazarse, sin la calidez de las caricias, ni del sonido de las voces, de las risas y las canciones.

A Susana se le iba la vida entre sus propios niños y los alumnetos de la escuela. Aunque el salario era magro, los maestros se entregaban a su trabajo con el entusiasmo que da la convicción de contribuir a una gran empresa. José Vasconcelos les había convencido de ello. En la escuela se aprendía no sólo letras y números, sino también a amar la tierra donde se había nacido y el olor del barro mojado de las macetas donde se plantaban los “germinados” para la clase de ciencias naturales. También abundaban cantos y bailes que los niños disfrutaban al ejercitarlos al aire libre; los corales y orfeones les alegraban el alma al echar al vuelo sus voces como bandada de palomas alborotadas. En la música de las festividades escolares se podían reconocer tonadillas populares, arrullos de nanas, sones de tierra caliente, jarabes, polcas y valeses de tiempos pasados, que hablaban a los niños de abuelos y lugares sedimentados en dimensiones inmemoriales.

La escuela donde trabajaba Susana, orgullo del secretario de Educación, tenía una alberca de agua templada, baños y regaderas, así como un patio donde practicar diversos deportes. Se montaban representaciones teatrales, concursos de oratoria y certámenes de declamación, todo lo cual se presentaba en los famosos festivales escolares de fin de año, donde participaban maestros, padres de familia y los invitados distinguidos del magisterio que llegaban de diversos puntos de la

República y a veces del extranjero. Aquellos niños aprendieron a amar a su patria, a sus mayores, su mundo, y los capacitaron para vivir. Susana se empeñaba en ello todos y cada uno de los días del calendario escolar que era, por lo demás, su propio calendario.

Sin embargo, el mundo empecinadamente parecía querer renunciar al bienestar y el progreso, empeñándose en repetir terribles errores del pasado reciente. De nuevo se cernían sobre el horizonte los nubarrones de la discordia, del desencuentro, del genocidio. En 1936 la guerra civil en España conmovió las conciencias y convocó a participar en sus luchas a múltiples contingentes solidarios con la desgracia y la injusticia; pero esa guerra tremenda fue el preámbulo de otra conflagración mayor, llamada Segunda Guerra Mundial, la cual habría de desencadenar una secuela de muerte y reacomodos políticos y económicos.

A mediados de los años cuarenta, los cambios impulsados por el ímpetu de la construcción de una vida moderna consolidaron el perfil urbano con visos de cosmopolitismo en la ciudad de México. Los conflictos bélicos habían causado un auge en la economía y el mercado interno que propició el crecimiento de una clase media aclimatada plenamente en los esquemas de la modernidad. Los refugiados por la guerra de los múltiples países europeos le daban al ambiente mexicano un aire de pluralidad y sofisticado atractivo.

Aparecieron en el entorno los nuevos edificios. A diferencia de las privadas horizontales de casas *art déco*, aquéllos eran audaces construcciones de tres y cuatro pisos concebidas en la verticalidad racional de la arquitectura funcionalista. Los amplios ventanales de piso a techo les conferían una aparente y fascinante fragilidad, como cubos de cristal, y hacia los interiores arrojaban torrentes de luz que inundaban los espaciosos departamentos. La casa, como “máquina

de habitar”, se despojaba de abigarramientos y excesos para dar paso a muebles y objetos diseñados ex profeso, pensando en el confort y simplicidad de los nuevos tiempos.

Familias de una próspera clase media se establecían en ellos; los niños asistían a escuelas bilingües en las que aprendían a leer en español e inglés, relegando poco a poco el francés a las encantadoras conversaciones de las tías y abuelas. No cabía duda, llegaban nuevos tiempos. Sin embargo, nadie pensó en construir garages gigantescos para los cada vez más numerosos automóviles.

La casa de la esquina, pese a todo, conservaba su dignidad y su razón de ser. La escala de las nuevas construcciones no la había disminuido del todo y sus proporciones conservaban la armonía original, aunque mermada lógicamente por las mutilaciones e invasiones arquitectónicas del entorno.

Así, con el transcurso de la vida y debido a su cada vez más precario salario como maestra, Susana tuvo que alquilar cuartos a personas que generalmente venían de su ciudad natal, para ayudarse a sufragar gastos interminables. Sus hijos varones obtuvieron sendos títulos universitarios con lo que colmaron los afanes de la madre, y la única hija, maestra normalista, casó felizmente con un destacado profesionista, por lo que Susana vio pagados con creces sus desvelos y fatigas. Pero se quedó sola y la casa empezó a tornarse demasiado grande.

Una de sus hermanas, Cuquita Villarreal, después de vivir toda una vida al lado de su marido en Saltillo, enviudó y se mudó a vivir con Susana a la casa de la esquina, donde, pese a todo, si algo le sobraba era espacio. La vida cotidiana empezó a deslizarse a un ritmo más lento y pausado; era una vida suave, ordenada, de trabajo constante, ya fuera en las labores domésticas como en el cultivo de la lectura, la escritura de cartas a los parientes norteros —la mayoría



Figura 7. Calle de Amado Nervo, núm. 63, col. Santa María la Ribera. Fotografía: Cecilia Gutiérrez Arreola, 1989. Archivo Fotográfico Manuel Toussaint, IIE-UNAM.

escritas en inglés— y la asistencia a misa los domingos y días de guardar. También les gustaba cuidar su jardín, especialmente los rosales, esmeradamente podados y abonada la tierra, sin que les faltara el agua de las regaderas de mano al atardecer. Los corredores se llenaron de macetas, como una evocación de los amplios y soleados corredores de las casas del norte, allá en Saltillo y en Durango, que habían dejado para siempre Susana y María del Refugio Villarreal.

Además, había algo muy importante en esas rutinas: las veladas que eventualmente organizaban para recibir a sus múltiples amistades y familiares. La casa de la esquina, pese a su aire de cierta deteriorada nostalgia, se conservaba cálida y con espíritu de gran dignidad y alegría.

Mi madre llegó a asistir a alguna de aquellas veladas y meriendas de las hermanas Villarreal. Contaba que en ellas se tocaba el piano, se cantaban canciones, o bien se declamaba algún poema,

cuando era el caso. Pero sobre todo, el principal brillo de las reuniones consistía en la conversación. El arte de conversar se cultivaba como las finas flores de un invernadero, o con el esmero que los rosales del jardín. Se contaban anécdotas; se rememoraban hechos y se evocaba a las personas ausentes, recordando nombres y apellidos; se entablaban diálogos ingeniosos y se mantenía viva la memoria del pasado precisando fechas, pero también se daba santo y seña de los acontecimientos del presente.

Después se servían las delicias hechas en casa por Toña, la fiel cocinera. En ocasiones mi mamá me llevaba un pedazo de pastel recién horneado, merengues o tamalitos norteños que enviaban especialmente para mí. Pero nada más delicioso que las “gorditas de harina”, que con tanta solicitud y antojo ofrecían en la casa de las Villarreal y que nunca, nunca he vuelto a encontrar como aquéllas en mis incursiones culinarias.